Les Temps. Nouveaux.

Paris (4 Rue Broca)

Germinal

Año III. Lima, 26 de Agosto de 1905. Núm. 47

El moderno feminismo

El movimiento feminista ha entrado de poco tiempo acá en una fase nueva, imponderablemente más lógica que la primera. Los excesos de la novela psicológica, narrando las complicaciones del adulterio en almas de muñecas mundanas, habìan llegado á un grado tan insoportable, que puede atribuírseles por reacción, el mérito de haber suscitado el feminismo bajo su primera forma: este movimiento resultó de la rebelión de mujeres inteligentes, que no quisieron soportar por más tiempo la caricatura que Bourget hacía de la mujer moderna.

Ni ìdolo ni esclava, sino amiga del hombre igual á él en derechos i en deberes; este fue el ideal de las que protestaron. El feminismo empezó, desgraciadamente, por un error: quiso probar que la mujer podìa hacer todo lo que hace el hombre i tanbién como él. En Francia tenemos algunas mujeres pintoras de alto mérito, particularmente las señoras Breslau i Dufau, dos escultoras que nadie sobrepasa, la señora Besnard i la señorita Claudel; la novela i la poesía han demostrado, con las obras de Marcela Tinayre, de la condesa Noailles, de la señora Mardru, que las mujeres sabían escribir hermosos libros.

En las ciencias, el ejemplo admirable de la señora Clemencia Royer arrastró á una generación entera á presentarse en las Universidades. El de las estudiantas rusas, asiduas á la Escuela de Medicina, venció las indecisiones. Las bromas de la prensa i del público ridículas i sin alcance, no desalentaron á las mujeres, al contrario.

El consentimiento de los legisladores les permitió ser abogados, doctores, telegrafistas; los liceos de niñas, las escuelas normales fueron favorecidas i desarrolladas. Los resultados nos dieron la satisfacción esperada, se notó que las mujeres no salían peor que los hombres de esas empresas.

Pero aquello motivó un grave trastorno social, debido á que si la iniciativa femenina progresaba; las leyes que rigen la existencia de la mujer no cambiaban. Inspiradas en el antiguo espíritu romano, inícuas ya i absolutamente desusadas en la sociedad moderna, parecieron más añejas i más ilógicas todavía. Sin embargo, no se las modificò i los errores morales del hombre respecto á la mujer permanecieron tan arraigados como antes; de tal modo que la mujer instruída i seria llegó á ser, á pesar de todos sus méritos adquiridos, como un fenómeno inclasificable en medio de una legalidad que no se le adaptaba i tropezó con este obstáculo, sufriendo tanto más cuanto que era más inteligente.

Esto creó una irritación que se tradujo por meetings bastante ridículos. Se advirtió en fin, que de nada servía á la mujer hacer lo mismo que el hombre, puesto que los planes sociales no se transformaban i que además, ese modo de proceder creaba plétora de empleos para la obtención de los cuales los hombres serían siempre preferidos, salvo quizás en el dominio médico, en el que la admisión de las mujeres llenaba un vacío para ciertas enfermedades. Signo infalible la estadística de la prostitución acusó una cifra más elevada de desordenadas.

Ya el Estado es á menudo incapaz de dar puestos á los que se confiere un diploma; era evidente que esta verdadera quiebra cívica no podía sino agravarse con el aflujo de las mujeres en las carreras masculinas. En fin, este empuje excesivo, unido á la virilización con los deportes, daba á las mujeres un carácter variado, un rencor contenido, una aridez de corazón i de espíritu, una envidia cívica i el desdén de los deberes á los cuales, sin embargo, las impele su organismo.

La cuestión estaba, pues, mal planteada. Ya lo habìan advertido los novelistas modernos, favorables á las mujeres, pero dotados con un altruísmo sério. Este será el honor de escritores como los hermanos Rosny, los hermanos Margueritte, Pablo Adam, León Daudet, haber borra lo los mimos de la novela sentimental creando bajo la influencia de Ibsen tipos de mujeres que permanecen femeninas aunque poseyendo la consciencia de sus verdaderos derechos, de sus verdaderos deberes.

A ellos pertenece el mérito de haber expuesto claramente un nuevo principio: el primer acto del feminismo razonado débe ser el de reformar las relaciones morales de la mujer i del hombre. El derecho de la mujer á la igualdad es innegable, aunque por mucho tiempo se lo hayan denegado los códigos paganos i lás ideas del cristianismo. Pero la *igualdad* no es la *identidad* ni la *imitación*. Los deberes i derechos de la mujer son tan importantes como los del hombre, pero diferentes.

La admisión de las mujeres á los cargos públicos no tiene nada de absurdo, pero no es sino una consecuencia de la idea esencial, que consiste en la supresión de los errores de la lei i de las costumbres hacia la mufer; i lo que importa ante todo es la reforma del código; este está hecho de tal manera, que los principales defectos de la mujer casi son indispensables para su vida civil. En el fondo, la primera campaña feminista esforzándose por derribar las puertas de las principales profesiones, tenía dos objetos: el primero, una emulación vanidosa; el segundo, más serio, consistía en asegurar á la mujer libre el medio de ganar su vida sin verse obligada á que el hombre la alimentara.

Más sencillo hubiera sido empezar por hacer admitir por la lei el derecho absoluto de la mujer á gozar de su dinero i á disfrutar de todos los derechos civiles del hombre sobre este punto. La disposición verdaderamente inaudita del matrimonio, rellena de absurdidades que cada cual evita con múltiples artificios, la disposición, más estupenda todavía, del divorcio, que llena de estupor á todo hombre reflexivo i de esperiencia, son dos causas directas que se agregan al esfuerzo de las mujeres para imitar al hombre i disfrutar de sus derechos. Evidentemente, este era el medio en el que ellas debìan pensar: ponerse en el caso de disfrutar los derechos masculinos copiando los deberes masculinos, puesto que los derechos femeninos no existían en una sociedad construida por el hombre para su uso, i que la mujer no quería ser aplastada, debìa reconstituirse derechos según un código propio: adulterio, falsedad, coqueterìa i astucia, si ella prefería no salir de las convenciones sociales: escándalo i aislamiento, si se ponía, con la unión libre, fuera de la opinión. Intensa emoción produjeron las novelas de los hombres admirables que he nombrado, la cual determinó la conversión de las feministas serias hacia un uevo ideal, el que actualmente triunfa.

Sin renunciar á reclamar para la mujer la admisión á los cargos públicos, este ideal persigue sobre todo dos resultados. El primero, el de reconstituir la educación moral de la mujer, explicándole el verdadero papel que la aguarda, tan hermoso como el del hombre, pero diferente. Ella no ha podido llenar este papel porque el mundo antiguo la trataba como esclava útil para el placer ó para crear soldados ó ciudadanos; más tarde como objeto de lujo que se adulaba, pero sin contar nunca en el Estado. El mundo cristiano á la vez la ha venerado i considerado como un sér peligroso.

La lei antigua, anacrónica, subsiste en desacuerdo con el altruismo individualista que regirá el mundo por venir. Casi todos los defectos de la mujer provienen de este conflicto: ardides de esclava ó tiranías de favorita, cuyo sentido no tendrá cabida en un sér libertado, que tendrá su rango i que podrá disponer de sí sin bochorno, puesto que la decrépita idea impía del pecado carnal habrà quedado abolida en una sociedad donde el único pecado será la mentira. En fin, las necesidades caseras, de cargo tan pesado, tan opuestas al desarrollo del pensamiento en la mujer, serán aligeradas con el progreso industrial.

À la mujer corresponde meditar sobre todo esto, hacer ella misma en su epíritu la verdadera revolución feminsista. En cuanto á la rancia idea del engaño, que la lei inicua i la noción de vergüenza carnal han hecho inevitable i que no es innata á la mujer sino por una monstruosa creencia de las viejas edades, atañe al hombre ayudar á su supresión, libertando á la mujer, abdicando su egoísmo, su celoso instinto de propiedad abusiva, i mucho tiene que hacer en este sentido, pues su ingenio ha inventado una multitud de medios para descubrir la falsedad de la antigua esclava i está desarmado delante de la voluntad franca, el don ó el desprecio de la mujer libre; i él seguirá prefiriendo todavía la falsedad que puede combatir al derecho contra el cual no podrá nada.

El otro resultado, sólo el hombre podrá lograrlo: la reforma de las leyes sobre la unión legal, de las leyes sobre el trabajo de la mujer i de la prevención sobre el pudor i la unión libre. En este sentido, puesto que el hombre es exclusivamente el que hace i deshace las leyes, puede decirse que es él el que hará el feminismo. Mientras se elaboran estas justas leyes, el feminismo moral preparará cada dia i en cada hogar á la mujer moderna, la cual serà digna del uso lógico de sus beneficios.

CAMILO MAUCLAIR

Cartas de Trujillo

1° de Agosto de 1905.

Señor Director de *GERMINAL*:

Lima.

Mui distinguido correligionario;

De su dios dicen los señores católicos que si tarda, no olvida. Nada tengo de dios ni de católico, pero la verdad es que jamás olvido mis promesas, por mucho que en ocasiones me halle obligado á demorar su cumplimiento. Lo que quiero que conste, no por jactarme de semejanza á un mito, sino por vía de satisfacción á los lectores de GERMINAL i á U., señor Director, á quienes prometí más de una carta, en la primera que tuvo U. la bondad de publicar hace cosa de cuatro ó cinco meses.

Aquí está la segunda. Ojalá que la encuentren aceptable.

***

Las fiestas patrias acaban de concluír con mejor resultado del que se esperaba.

En este año han tenido dos elementos de resistencia: uno, en el valle de Chicama, formado por don Víctor Larco Herrera i otros que no han cometido como él la barbaridad de pregonar su imperdonable egoísmo; i el segundo, en Trujillo, constituído por los flamantes anarquistas, entre los cuales hai muchos que no saben dónde les colocó Natura la nariz i que gritan la mar de disparates, dejándose llevar, ora de la novelería más inconsciente i peligrosa, ya de ciertas pasiones que nada tienen de rectitud i nada de altruísmo.

Felizmente, ambas antipatías han resultado estériles; sólo han hallado eco insignificante. I digo felizmente, porque la celebración de las referidas fiestas ha revestido acá en esta ocasión carácter esencialmente práctico i saludable. Como U. sabe, se ha iniciado campaña entusiasta i bien sistemada contra la ignorancia i la falta de educación de la mayoría; i tanto los que han negado su apoyo á esa labor cuanto los que han permanecidos indiferentes ó desentendidos ante élla, han probado no ser ó no saber ser amigos de la muchedumbre desgraciada.

Repugno el patrioterismo baladrón é inconveniente que vive de año en año cebando el cañón famoso de nuestro himno, i detesto el derroche de entusiasmo sin ideales i de aparatosidad inconducente que hasta hace poco caracterizó las fiestas julias. Comprendo que el patriotismo no puede ser ya, ni debe serlo, sentimiento hondo i querido del pueblo, que sufre i piensa, si no se purifica en el crisol de la razón i la justicia; si no llega á encerrar i á difundir anhelo poderoso por el mejoramiento de todos los humanos que constituyen una nacionalidad, á fin de que las nacionalidades sirvan para acelerar el advenimiento de una época de paz i dignidad para todos los pobladores de la tierra. Más, por lo mismo, creo que son sujetos nocivísimos aquellos que se oponen á que esa purificación se verifique i continúan celebrando "el 28", cuando lo celebran, con corridas de toros, butifarras, chicha, aguardiente i vivas al gobierno; i tengo por enfermos ó ciegos de la mente, por monómanos huérfanos de sentido moral, que no merecen títulos de voceros del pueblo, á los parlanchinotes que lo mismo maldicen de lo bueno, que de lo intolerable; que atacan al pudiente tanto cuando malgasta su dinero como cuando lo emplea en preparar mejores dìas para sus compatriotas; que juzgando posible la reforma social sin gente preparada para aprovechar de élla i sin más elementos que "los palos de ciego", asestados —todavía— por manos escasas de virilidad, escarnecen todo esfuerzo plausible i enseñan á los estultos á renegar de los medios que pueden regenerarles.

Es preciso conocer de cerca cuán profunda meila han hecho en el espìritu de nuestros labriegos la falta de instrucción i la consiguiente sobra de vicios, para poder señalar la manera eficaz de mejorar su triste condición actual. No hai otra que educarles. Por supuesto, no sólo por el medio escolar, sino también por cuantos sea posible emplear con ese objeto. Pero es indudable que la escuela es lo esencial i que cuanto tienda á multiplicarla i á ponerla en la altura debida, reclama respeto, simpatía i apoyo.

Los que desean el bienestar del pueblo no deben conformarse con el fomento de la instrucción: perfectamente. Pero están obligados á comenzar por aplaudirlo, para decir en seguida á quienes tienen en sus manos todos los recursos materiales de progreso:

"Bueno, señores; ya estamos conformes en un punto: vamos á ponernos de acuerdo en los demás. Al afán por realizar la educación pública en la escuela, debe agregarse el esfuerzo por mejorar el hogar de los trabajadores, por dignificarlo mediante la luz, el aire, la limpieza i la relativa comodidad. Construyan ustedes para sus obreros casas que alegren i vigoricen el alma de esas gentes, abatida por larguísimos años de vivir lóbrego i enfangado. Eso es otra palanca de educación. Eso completa la labor de la escuela. Si enseñamos higiene á los niños del proletariado, durante el dìa, i en las noches les devolvemos á sus pocilgas, ó no comprenderán nuestras lecciones, ó las comprenderán para ser peores, para odiar á quienes les escarnecen haciéndoles conocer por un lado, en teoría, las ventajas de la civilización, i sufrir por el otro, en la práctica, la tortura de revolcarse en el estercolero. Vamos, señores, seguid oyendo los dictados de la justicia i de vuestro propio bien entendido interés: apresuraos á derribar las madrigueras en que hoi se alojan los que son la base de vuestra fortuna, i dadles moradas dignas de la especie á que pertenecen, si no queréis que mañana ,convertidos en reptiles feroces por la influencia del medio bestializador en que se arrastran, concluyan por embestiros i enterrar en vuestras

carnes sus dientes hambrientos é inyectadores de ponzoña."

Me podrán decir: "I, ¿qué harían nuestros trabajadores con escuelas i moradas higiénicas si á su estrechez económica no se pone remedio?

Pues, pedirlo!

Sin negar que es deber de la hora presente procurar el aumento del salario rural, creo que á este respecto no se llegará hasta donde es bueno i preciso llegar, mientras los directamente interesados en el asunto no estén en actitud i en aptitud de sostener sus derechos i hacer buen uso de sus éxitos. Este último punto, sobretodo, es mui importante. Los noveleros que están alborotando exajeradamente el cotarro, causando más daño que beneficio á los intereses del país, podrìan decirnos ¿qué haría el noventa por ciento de nuestros labriegos con una duplicación de jornal, hoi, así fuera élla conseguida en cruenta i horrorosa lucha? Pues, beber más chicha i más alcohol que ahora, simplemente. ¡Bonito triunfo para éllos i para los partidarios del mejoramiento humano!

La reforma de nuestro pueblo no se puede alcanzar por la violencia. Hai que procurarla, racionalmente, científicamente, si se me permite la palabra. Hai que llevarla adelante, sobre cien mil obstáculos, con gran suma de buen juicio i constancia, poniendo poderoso freno á los ìmpetus de la imaginación i del sentimiento que, muchas veces, se exaltan i quieren atropellarlo todo ante el espectáculo de indecibles miserias é injusticias enormes, obra de varios siglos de despotismo i abyección.

Urje comprenderlo así, para encauzar la corriente redentora de modo que no amenace ciegamente tanto los muros que defienden al burgués perverso, como los cimientos de las buenas obras que levanta el pudiente de sentimientos liberales. Aquellos muros deben ser pulverizados para abatir la soberbia dañosa é incorregible de sus dueños. A esos cimientos hai que llevar el granito de arena para que pronto, lo más pronto posible, se levante sobre éllos el edificio de la ventura nacional.

***

A propósito de casas para obreros, en el próximo vapor llegará á esta, con destino al valle de Chicama, un arquitecto contratado en Lima para construír en la hacienda Chiclín de los señores Larco Herrera Hnos., una población rural, cómoda, limpia, alegre i duradera, para los jornaleros que trabajan al servicio de esa negociación.

Como se sabe, el Gerente de esa negociación, señor Rafael Larco Herrera, es uno de los más conspicuos i entusiastas miembros de nuestro partido. Un radical irreprochable é inflexible i un espíri excepcionalmente laborioso

De U. Atto. afimo.amigo

Germinal

La dictadura fiscal

Es intolerable el *mal humor* que gasta el gobierno con los diputados i senadores de la oposición. No pueden hacerle ninguna advertencia ni darle el más pequeño consejo, sin exponerse á invectivas i vituperios de caràcter personal. Como si gobernar fuera agredir á los que no aceptan incondicionalmente las ideas del mandatario supremo, no hai debate de alguna importancia en que los ministros—con excepción del señor Balta—dejen de zaherir, en términos más ó menos groseros, á sus impugnadores.

No sería justo ni honrado desconocer que la oposición de los demócratas se basa, ante todo, en el interés meramente político de su partido. Combaten al señor Pardo para desquiciarle, no para corregirle; pero indudablemente sus observaciones son fundadas en la mayoría de los casos i el gobierno procedería con rectitud si las atendiera. Porque no se trata en las cuestiones de conveniencia pública de dar valor á los móviles de los adversarios, ni de anteponerles, mucho menos, á los principios de sana administración. Por semejante camino se marcha i se conduce al país á la ruína. Donde todo se limita á escudriñar las intenciones de los impugnadores, donde no se persigue otro ideal que desacreditarles, donde se cierran el corazón i el cerebro á todo sentimiento i á toda idea que no sean incubados por los amigos; de hecho se siembra en el país el desconcierto i se prepara el advenimiento de días tenebrosos, en que sólo imperen la obcecación, el capricho i el menosprecio de derechos i garantías. Lo honrado i lo útil en asuntos de interés para la comunidad es prescindir en lo absoluto del carácter de la oposición. Bueno ó malo, lo que conviene es aquilatar, libre de todo prejuicio, el mérito de sus observaciones, ver el fondo de sus críticas, i tener la grandeza de ánimo suficiente para reconocerles fundamento. Los mandatarios que proceden así evitan errores i acreditan la buena fe de sus propósitos.

Pero estas ideas no pueden caber en el sistema de gobierno del señor Pardo. La índole del régimen dominante es el avasallamiento de todos los espíritus i particularmente de los que le combaten. Quien transforma la amistad i los vínculos políticos en un semillero de complacencias i servilismos, está impedido física i moralmente de atribuír la menor importancia á la voz de sus adversarios. O aceptan en bloque los planes del gobierno ó se les denigra si los debaten.

Ejemplo palpable de lo que decimos es lo ocurrido en la Cámara de Diputados al discutirse la autorización del empréstito. A falta de razones para justificarla, la único que ha hecho el señor Leguía es zaherir á los representantes demócratas. Pero la república, que observa i compulsa estas cuestiones con amplitud, sin pequeñeces ni miserias, reconoce el valor de los argumentos aducidos por la minoría i declara que un gobierno honrado i celoso de su nombre no solicita ni impone el otorgamiento de facultades omnímodas para manejar las rentas públicas. Si algo debe desear un buen mandatario, cuando tiene que comprometer el crédito de la nación, es que se le encierre en un círculo estrecho, cuanto más estrecho, mejor. Hai que preferir en estos casos la limitación á la largueza de los poderes. Con lo primero no se pierde nada; con lo segundo se puede, cuando menos, incurrir en error; i como el error en los asuntos económicos reviste caracteres alarmantes i produce efectos desastrosos i daños irreparables, el ideal de un gobernante probo i de rectas aspiraciones es colocarse en la imposibilidad de cometerle.

Aparte de esta consideración, vale la pena tener presente la manera cómo administra el gobierno la hacienda pública. La ha rodeado del misterio más impenetrable: el país no ha visto hasta ahora, en once meses, un solo balance de la tesorería general; todo lo que sabe es que los gastos extraordinarios llegan á sumas de cierta entidad i que se opone vigorosa resistencia á la presentación de la respectiva cuenta. En tales condiciones, causa inquietud el deseo inmoderado é hiriente de no tener ningún freno para la celebración de un empréstito de alguna importancia. El país duda, por lo menos, de la rectitud de sus gerentes, i no se explica satisfactoriamente la amplísima libertad con que desean proceder en una cuestión de indiscutible trascendencia i que tan hondamente puede afectar el porvenir económico del estado.

Hay otra razón poderosa para ver con desconfianza la actitud del gobierno, i es la discutible conveniencia del empréstito. No somos enemigos de la militarización del país, i acaso nadie ha luchado con mayor energía i de un modo más práctico que nosotros por la defensa material de la república; pero comprendemos que otras necesidades reclaman la prelación en los sacrificios económicos del estado. En un pueblo sin ciudadanos, lo esencial es formarles, i no sabemos que nación alguna haya obtenido este resultado por medio de los cuarteles. Sin hombres conscientes de sus deberes i derechos, jamás tendremos patria, i cuanto se gaste en la militarización de la república será infructuoso.

A estas razones conviene agregar el peligro que entraña para el país el régimen de la arbitrariedad en materia de hacienda. De todas las dictaduras la más funesta es la económica, porque ahonda sus raíces en el organismo nacional, enerva i corrompe los caracteres i poco á poco establece la oligarquía. I aquí, en el Perú, hai que abominarla de todo corazón, porque falta la base, la materia prima, para destruírla á tiempo: aquí no abundan los hombres dignos i altivos, los espíritus irreductibles ante las seducciones del oro i del poder. Establecida la dictadura económica, el gobierno se apoderaría de todas las conciencias. E indudablemente á este fin se encaminan los planes del señor Pardo, i así se explican la tenacidad i la cólera con que reclama autorizaciones sin contrapeso para todo lo que se roza con la hacienda pública. No admite cortapisas de ningún linaje ni la más pequeña fiscalización. Quiere actuar sólo i por su propia cuenta, i mucho es que se resigne á llenar la fórmula de pedir el beneplácito del Congreso para proceder discrecionalmente.

Nos amenaza, pues, un peligro de incalculable gravedad, i urge que la nación se prepare á conjurarle antes de que se desarrolle por completo. Valdrìa la pena que todos nos preocupáramos de lo que está ocurriendo en el régimen fiscal implantado por el señor Pardo. Cuando el misterio no nos envuelve totalmente i nos impide ver hasta lo que pasa en la superficie, el autoritarismo más irritante nos hace descender al nivel de esclavos, ante quienes no hai obligación de rendir cuentas. Algo más: en cambio de los dolores i sacrificios que sin cesar se nos impone, á título de que son necesarios para la grandeza del país, lo único que se nos brinda es el bochornoso espectáculo de la insolencia con que el gobierno se arroga el derecho de manejar en secreto i arbitrariamente el dinero de la nación. Insistimos: conviene tomar nota de estos hechos i afanarse por corregirles.

Gacetilla

Lima, 24 de agosto de 1905

Excmo. señor doctor don José Pardo,
Presidente de la República.
Ciudad.

Excmo. señor:

Error i grande ha cometido V. E. al permitir que algunos de sus hermanos intervengan en la política militante. Aparte de que esos señores no han inventado la pólvora—dicho sea con el debido acatamiento—nada hai más antipático ni más funesto que la ingerencia de los deudos del presidente de la repùblica en las cuestiones políticas. No llevan á la lucha de los partidos ni serenidad, ni justificación, ni amplitud de miras. Todo lo ven por el lado de las conveniencias caseras, de los intereses íntimos de su pariente, i como son más realistas que el rei, gastan una intransigencia desmedida hasta en los asuntos de escasa significación, van á donde no irían ni los domésticos de su casa.

Se comprende que los hermanos de V.E. sientan gozo inefable al ver á V. E. en palacio, i nadie les motejarìa si vertieran lágrimas de satisfacción cada vez que contemplaran á V. E. lleno de honores i regalías. Puedo decir más: justo es que se afanen por consolidar el gobierno de V. E., por enaltecerle i cubrirle de gloria; pero otro es el camino que deben seguir para obtener este resultado. La política no se hizo para éllos durante la administración de V. E., porque la política, aún ejerciéndola con cierta amplitud, encarna odiosidades, siembra resistencias, propaga rencores.

Añádase á todo esto la idiosincracia de los hermanos de V. E: no tienen don de gentes, repelen en lugar de atraer. Personalmente V. E no es así: hai quien reconoce en V. E. ciertas cualidades simpáticas, i no falta quien establece diferencias notables entre el doctor José Pardo i el Excmo. señor Presidente de la República; pero con los hermanos de V. E. ocurre lo contrario: sea por su aspecto, sea por otra causa de la misma naturaleza, lo evidente es que no se les quiere bien. Se principia à llamarles los *Grandes Duques* i á tenerles ojeriza. Hablo, por supuesto, de los que están metidos en los traqueteos de la política, como el señor don Juan, por ejemplo.

No sé qué efecto produce oír exclamar al hermano del presidente de la república. *¡Nosotros no tenemos por qué imitar á nadie: debemos hacer lo que nos convenga!* ¡I en qué asunto, Excmo. señor! nada menos que en el asunto del diario de debates, en que la imitación era lo que convenía á la república. Con destemplanzas de este jaez, para servir intereses aborrecidos por la mayoría de la nación, ya puede calcular V. E. lo que pensaremos todos de los ideales del señor don Juan, i, por reflejo, de los propósitos de V. E.

Algo peor ha hecho el hermano de V.E: se ha prestado á vigorizar las pasiones de los que no simpatizan con las juntas departamentales por causas enteramente mezquinas. Sin tener en consideración que el padre de V. E. fué el creador de esos cuerpos, sin pensar en que el país aborrece el centralismo, sin medir el alcance material i moral de cualquiera disposición que menoscabe la independencia i destruya la vida de las juntas, el señor don Juan ha autorizado con su firma un incalificable proyecto para echar abajo la autonomìa de los departamentos. V. E. mismo no queda bien parado con la obra de su hermano. V.E. se comprometió en el Cuzco á respetar la vida i la libertad de las juntas; i á menos de convenir en la duplicidad del carácter de V. E., no se encuentra explicable la conducta del señor don Juan. La independencia de criterio del hermano de V. E. no puede ir hasta ese punto: i si á tanto llega, bien comprendará V E. todo el daño que ha de causarle. I este mismo hecho comprueba los peligros de la intervención de la familia en la política de cualquier gobernante.

Si los hermanos de V E. desean figurar, que se dediquen á obras de cultura i beneficencia. Nada sería más simpático ni más útil ni más provechoso para éllos, para V. E. i para el país, que verles dedicados en cuerpo i alma à la difusión de la enseñanza, á la creación de centros ó academias de bellas artes, al fomento de sociedades de patronato, á la organización de comités defensores de la raza indígena, al establecimiento de asociaciones de caridad; en una palabra, á hacer bienes, sin avivar resistencias ni producir enconos.

¡Que fiasco tan completo el de los hombres que V. E. ha introducido á martillazos en las Cámaras Legislativas! Pasan i pasan los dìas, i esas lumbreras producen menos luz que una velita de sebo. Allí se están sin dar señales de su asombroso talento, de su vastísima preparación, de su inconmensurable deseo de servir al país. Se confunden con los pelotones de representantes hechizos que siguen incondicionalmente la política de V.E.

I no es de extrañar que dejen de lucir sus aptitudes en provecho de la nación, cuando tampoco gastan la mejor inteligencia al defender los planes del gobierno. Discurren con una vulgaridad que espanta, argumentan como el último pobre diablo que ocupa sitio en el Congreso.

Si V. E. hubiera respetado la libertad electoral, probablemente no contaría con el concurso de una mayoría abrumadora; pero tendría uno que otro defensor de buena fe, sincero, respetado por todo el mundo; i la palabra de esos hombres, aunque no brillara por su corrección ni por su elegancia, valdría màs, mucho más, que la de los alquilones.

Dígame V. E, si no es para sentir cólera i pena el escuchar cosas como las que anoto en seguida:

"No se puede suprimir una contribución onerosa é inícua porque los pueblos se han acostumbrado á abonarla."

"El Congreso tiene facultades delegables en el Ejecutivo."

Con individuos que enuncian i sostienen aberraciones de semejante naturaleza, porque así creen servir los intereses del gobierno, el crédito de V. E, acabará de derrumbarse mui pronto.

I V. E. carece de derecho para quejarse: á sabiendas se ha metido en este atolladero. Cegado por la vanidad i obseído por el deseo de no encontrar obstáculos en su vertiginosa carrera, V. E. no ha deseado comprender que sus amigos, aquellos que han transigido con todo para ir al Congreso, no son en realidad sus amigos. De éllos no espere V. E. un consejo saludable ni una insinuación honda. Hoi le defienden porque todavía no ha llegado la oportunidad de abandonarle; pero ya lo verá V. E, antes de mucho. Donde no hai altivez huelga la lealtad.

***

Si porque el estado sufraga los gastos del culto, merecemos saetazos de los liberales españoles, fácil es suponer lo que nos dirán cuando sepan que V. E. ha sido padrino del nuevo templo de Ocopa.

No discuto ni discutiré nunca los sen-

timientos religiosos de hombre alguno. Crean todos lo que les venga en gana, que á mí me importa mui poco, siempre que reconozcan el derecho de los demás i el mío á no creer en nada. Pero lo que siempre me causará desazón es la falta de cordura de nuestros mandatarios al apadrinar mojigangas. El que rige los destinos de un pueblo debe distinguirse por la seriedad de todos sus actos. Está bien que V. E. apadrine una escuela, una academia, un camino, un ferrocarril, un puente, cosas útiles, en fin; pero ¿un templo? I no sólo en nombre de la seriedad condeno esta clase de padrinazgos, sino en nombre de la cultura nacional. Aquí, donde no se funda ni se inaugura la menor obra de aliento, es un oprobio i causa hasta pena que el jefe del estado se preste á cobijar símbolos de superstición i mentira.

I con el templo de Ocopa ocurre algo especial: está construído sobre las ruinas del que incendiaron los mismos frailes de esa comunidad con el malévolo propósito de hundir i sacrificar á un hombre de bien. Dada la realidad de este hecho, V. E. aparece como santificador de un crimen abominable; i francamente, á tanto no debe descender el nivel moral de V. E., cualesquiera que sean sus sentimientos religiosos. Una cosa es creer en misterios i dogmas, i otra cosa enaltecer i glorificar las perfidias de monjes i clérigos. Para no establecer diferencias entre ambas acciones, se requiere ó un criterio mui estrecho, sumamente burdo, ó una gran dosis de inmoralidad.

I en el fondo de todo, lo que ha habido en el padrinazgo del templo de Ocopa es la monomanía de V. E. de figurar á troche i moche. V. E. se desvive por la espectabilidad: si le propusieran vestirle con la piel de un oso i exhibirle en una feria, mui probable sería que V. E. aceptara, para darse el gusto de ser el tema de la conversación pública i de la información gráfica de la prensa. Es tiempo de que V. E se sobreponga á tan ridícula como empequeñecedora obsesión. Que su nombre suene en cosas grandes, con la sonoridad de una marcha triunfal, no en simplezas i con el estridor de una música de aldea.

⁂

Tengo por seguro que V. E. se ha considerado en el pináculo de la gloria al tratar mano á mano con el príncipe d' Udine. A ratos se habrá creído V. E. en la misma condición que monsieur Loubet, cuando se codea con los reyes de Inglaterra, Italia i España. Pero no hai tal gloria ni tal similitud de condición. V. E, es jefe de un estado microscópico, sin valor moral de ninguna clase, sin importancia en lo absoluto en la vida de la humanidad. Suprimir á Francia sería decapitar al mundo; suprimir al Perú no sería nada.

Si el príncipe d' Udine no tuviera obligación de ocultar el juicio que se ha formado de nosotros, probablemente repetiría lo que dijeron Groussac i Sarah Bernardt. Pero suponiendo que nos aprecie con menos exactitud ó con cierta benevolencia, lo que sí se puede asegurar es que á la vuelta de cuatro años no se acordará del Perú ni de V. E. I si fuera un hombre de estudio, un observador, diría al referirse á nuestra patria: "Cuando visité ese país, un diputado tuvo el coraje de asegurar que en uno de los principales departamentos de la sierra había visto *morir un gran número de indígenas, abrumados por el hambre, sitiados por la necesidad i acosados por la miseria.*" I si alguien tratara de investigar lo que se hizo ante la denuncia de ese diputado, S. A. R. respondería: "Absolutamente nada, porque en la *cultura* del Perú no han entrado todavía ni el respeto á los derechos humanos, ni la generosidad de sentimientos, ni siquiera el instinto de conservación. Allí se vive en un mundo enteramente aparte: mientras el oficialismo i las clases dirigentes dan comilonas, el pueblo *se ve obligado á poner en triste oferta, en subasta pública, á sus hijos, en cambio de unas cuantas libras de maiz ó de pan.*" I el hombre que escuchara las palabras del príncipe, terminaría por preguntarle si V. E. anda vestido á la europea ó con pieles i plumas; i francamente no sabemos si el príncipe se atrevería á contestarle la verdad, esto es, que V. E, gasta levita, guantes i chistera, pero sin ser un hombre civilizado, desde que nada hace por mejorar la condición de *su* pueblo.

⁂

No quiero cerrar esta carta sin reconocer la saludable energía con que V. E, trata de meter en vereda al municipio de Lima. Nada importa que V. E. tenga cuestiones atrasadas con el Alcalde: lo que no veo, á pesar de estas miserias, es un propósito moralizador, digno de aplauso. Hace años de años que el señor Elguera se conceptúa dueño absoluto del Concejo i procede sin más lei que su capricho, sin otro ideal que la ejecución de obras valiosas, de esas que dejan...........*nombre imperecedero*. Era necesario llamarle al orden, sacudirle los cimientes de su *grandeza*, darle á comprender que á falta de pueblo que se haga respetar, hai un gobierno que por enemistad ‹ lo que sea, pero satisfaciendo un anhelo de la población, le pide cuenta de sus actos.

Si V E. extendiera su acción á las beneficencias, i en particular á la del Callao, créame V. E., terminaría por considerarle animado de propósitos regeneradores. La justicia bien entendida es como el Sol: debe fecundar *todos* los campos.

De V. E. atento servidor.

El gacetillero de *Germinal.*

¡A la obra!

Hacemos nuestro el siguiente editorial de *La Razón*, de Trujillo:

Fuerza es contarnos i estrechar las filas; i unidos i compactos, prepararnos al asalto que ha de clavar la blanca bandera del radicalismo redentor, sobre las ruínas del fanatismo i de la corrupción que devora el organismo social de la colectividad peruana.

¿Qué hacemos diseminados por los ámbitos de la patria, escaramuzeando siempre i siempre aplastados por el atropello de los de arriba i sin contar con el apoyo de los de abajo?

¿Qué ventajas saca el pueblo, la patria, el derecho ó la libertad de esa brega que nos abruma i en la que siempre somos las víctimas?

Podemos ser fuertes i somos débiles, porque en lugar de formar una falange, no formamos sino una lista.

Nos hemos cruzado de brazos i nos dejamos arrastrar por la influencia del éxito ó retrocedemos ante el pavor del combate último.

Estamos diseminados, carecemos de energía, nos falta cohesión.

Somos las vírgenes de la política; i ocultamos en las pudibundeces del rubor, nuestra inercia sin disculpa ó nuestra cobardía vituperable.

¿Qué importa que algunos radicales abran campaña contra el vicio i vivan en perpetua guerra contra las aberraciones sociales, si la mayor parte de nosotros espectamos impasibles ese sacrificio que sólo tiene los dolores del martirio, pero no la apoteosis del triunfo?

Apóstoles del derecho, *ya* no lo predicamos.

Luchadores de la libertad, aceptamos los grilletes del éxito.

Obreros del progreso, no trabajamos en la obra de mañana.

Partidarios de la luz, vivimos conformes entre la noche del fanatism·.

Defensores de los desvalidos, combatientes de la democracia, estamos amedrentados.

Recitadores de un credo de redención, no lo practicamos. Estamos dando el derecho de que se nos ponga en la frente el INRI de la apostasía.

Nuestra inacción no tiene disculpa.

Ante el tribunal de los principios somos los cómplices del crimen, de la tiranía, del oscurantismo.

Debemos, pues, luchar, pero luchar unidos, sin tregua, sin descanso.

El pueblo necesita derechos.

La Patria bienestar,

La libertad garantías,

La moral ambiente,

La democracia prerrogativas.

Debemos, pues, luchar por los derechos del pueblo, por la patria, por la democracia, i hundir en las tempestades del oprobio las tiranías del poder, las ignorancias del fanatismo explotador, el desbarajuste del ligicidio, el escándalo del abuso, i toda la podre que nos hace vacilar como pueblo i nos desprestigia como nación.

No debemos tener descanso hasta triunfar.

Sólo así tendremos derecho para hablar de Radicalismo.

Sólo así las corrientes populares nos ayudarán en la obra de derrumbamiento de lo viejo corrompido, i levantará con nosotros el edificio del derecho humano, que hoi alzamos como bandera de combate.

Es hora ya de unirse i luchar.

¡A la obra!

En la brega habrán víctimas, lamentos i catástrofes; pero nada importan, si de cada fractura surge una verdad i de cada dislocamiento se alza un derecho.

Sobre las ruinas de los què caen, deben pasar los que quedan á la escala del progreso, hasta entonar sobre la meta el hosanna redentor de la nueva era.

La unión Hispano-americana

Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid, el 28 de marzo de 1905.

(*Continuación*)

¿qué otra raza, qué otro pueblo, sobre el planeta, ni en la historia actual, presenta ejemplo semejante, de resurrección fecunda i gloriosa, de procreación i esparcimiento feliz de su simiente i de su vida?

La raza vive, la raza crece, la raza triunfará;

¿qué nos falta?... UNIÓN.

Nuestra época, es una época organizada contra la Justicia: una conspiración contra la Equidad;

denegación de Justicia en la vida social; violación de toda Justicia en la vida internacional: tales son las características de este tiempo oprobioso, en que nos ha tocado vivir;

el huracán de la fuerza bruta asuela el mundo, i los espíritus, aún los menos clarividentes, ven diseñarse con precisión, en las tristezas del horizonte, los lineamientos acentuados de la lucha tenaz i definitiva de las razas;

no se puede, sin imprudencia i sin peligro, cruzarse de brazos i permanecer indiferente, al paso de este problema, que lleva involucrado en sí, el derecho de vida ó muerte, para todos los pueblos de una raza;

este movimiento de avaricia i de pillaje que presenciamos, es un movimiento de regresión á edades primitivas, con toda la fuerza específica de la barbarie;

es un grito de eliminación contra las razas inertes ó desprevenidas; un gesto de muerte, hecho contra ellas, no en nombre de la Envidia, como en la leyenda de Caín, sino en nombre de la codicia, como en la leyenda de Achab;

es, la Fuerza, que tiende á extender su línea de demarcación arbitraria i anárquica sobre el predio de los pueblos débiles, i los arroja fuera del planeta i de la vida:

la fuerza se sustituye al Derecho, por todas partes;

el régimen numérico brutal, priva por sobre toda lei de ética social;

la audacia triunfa, incontestada, allí donde la Justicia está desarmada;

sólo oponiendo la Fuerza á la Fuerza, se puede restablecer el equilibrio perturbado del mundo;

prepararse, es la única manera de salvarse;

presumir, es ya combatir;

combatir, es adquirir el derecho de vivir;

pueblos que renuncian á preveer, son pueblos prontos á desaparecer;

razas rebeldes á combatir, son razas prontas á morir;

no basta tener la fuerza de la Justicia, es necesario tener la Justicia de la fuerza;

la Fuerza domina al mundo; cortejarla es envilecedor; conquistarla es salvador; no ser sus esclavos, sino sus amos; he ahí el deber;

la Fuerza no es de quien la espere, sino de quien la adquiere;

estar prontos contra la agresión, es la única via de salvación;

organizarse para la resistencia, tal es el consejo sabio de la prudencia;

ALIARSE PARA SALVARSE;

tal es el deber de los pueblos ibero-americanos, en la hora actual;

tal es el deber de la Raza;

no somos débiles numéricamente, solo somos débiles políticamente;

¿por que?

porque carecemos de toda organización;

porque somos una raza inerte, frente á una raza fuerte;

(*Continuará*)

EL FRAILE I LA HIGIENE

Si á los hombres se les cirniera como trigo molido, ningún fraile pasaría por un cedazo fino, que un fraile es á un hombre civilizado como el *afrecho* es á la harina flor.

Víctor Hugo afirmaba: "La transición de un gañán en un carmelita nada tiene de chocante; sin dificutad se convierte el uno en el otro; el fondo común, ignorancia de la aldea i del claustro, es una preparación enteramente dispuesta i que

La Irreligión del Porvenir

ESTUDIO SOCIOLOGICO

—DE—

M. GUYAU

[Continuación]

el método de M. Arnold, que consiste en atribuír las ideas más refinadas de nuestra época á los pueblos primitivos: por él se deja entender, por ejemplo, que el Jehovah de los hebreos no era una persona enteramente definida; una potencia trascendente distinta del mundo, que se manifestaba á él por actos de una voluntad caprichosa; un rei de los cielos, un señor de los ejércitos que daba á su pueblo la victoria ó la derrota, el hambre ó la abundancia, la salud ó la enfermedad. Basta leer una página de la Biblia ó de los Evangelios para convencerse de que jamás dudaron los hebreos de la porsonalidad de Jehovah.—Sea, dirá M. Arnold, pero Jehovah no era ante sus ojos más que la personificación de la justicia en que ellos creían profundamente.—Sería más exacto decir que ellos no tenían todavía una idea mui filosófica be la justicia, que se la representaban como una orden recibida de afuera, como un manda o al que era peligroso desobedecer, como una voluntad que se imponía á nosotros por la fuerza; después de esto nada más natural que personificar esta voluntad. ¿Pero esto es lo mismo que lo que nosotros entendemos por justicia en nuestros días? ¿No parece que M. Arnold juega con las palabras cuando nos lo quiere hacer creer así? El temor de Dios no es la justicia. Hai cosas que no se las puede expresar bajo la forma de leyendas cuando se las ha concebido una vez, i cuya verdadera poesía consiste en su misma pureza, en su simplicidad. Personificar la justicia, colocarla fuera de nosotros bajo la forma de una potencia amenazadora, no es tener de ella una "idea elevada" ni es tampoco estar "abrasado, iluminado," como dice M. Arnold. Es, por lo contrario, no concebir aún la justicia verdadera. Lo que se toma por la expresión más sublime de un sentimiento moral completamente moderno, es por el contrario su negación parcial: M. Arnold quiere hacer, según dice, una crítica "literaria," pero el método literario consiste en colocar las grandes obras del genio humano en el medio en que se han concebido i encontrar así el espíritu de su època, no de nuestra época. Si nosotros queremos interpretar la historia con nuestras ideas actuales, nada comprenderemos de ella. M. Arnold se burla de los que quieren ver en la Biblia alusiones á los sucesos contemporáneos, á tal ó cual costumbre de nuestra época, á tal ó cual dogma desconocido en los tiempos primitivos. Un Exegeta, dice, encuentra anunciada la huída á Egipto en esta profesía de Isaìas: "El Eterno vendrá á Egipto sobre una nube ligera:" la nube ligera es el cuerpo de Jesús, nacido de una virgen. Otro más fantaseador fijándose en estas palabras:—Desg.aciados de aquellos que tiran de la iniquidad con las cuerdas de la mentira—ve una maldición de Dios sobre las campanas de iglesia. Es cierto que este es un medio extraño de interpretar los textos, pero en el fondo, no es más lógico buscar en los libros santos nuestras ideas actuales, buenas ó malas, que buscar en ellas el anuncio de tal acontecimiento lejano ó el comentario de tal rasgo de las costumbres contemporáneas. Para practicar el método verdaderamente literario i científico al mismo tiempo—hace falta olvidarse un poco de sí mismo, de la nación i del siglo á que uno pertenece. Hai que vivir la vida de los tiempos pasados; hacerse griego, leyendo á Homero; hebreo, leyendo la Biblia; no querer que Racine sea un Shakespeare, ni Bocaccio un San Benito, ni Jesús un librepensador, ni Isaías un Epícteto ó un Kant. Cada cosa i cada idea están bien en su tiempo i en su medio. Las catedrales góticas son magníficas; nuestras pequeñas habitaciones de hoi día, son mui confortables; nada nos impide admirar las unas i habitar las otras, pero lo que no tiene escusa es querer que las catedrales no sean catedrales.

Si dejando el examen de la doctrina de M. Arnold, desde el punto de vista histórico, nos fijamos en el punto de vista puramente filosófico, nos parecerá mucho más seductora, puesto que consiste en hacernos encontrar nuestras ideas en los libros antiguos, como si fueran reflejadas en un espejo. Nada mejor; pero después de todo, ¿necesitamos este espejo? ¿Necesitamos descubrir en la anti-

coloca en seguida al campesino á igual altura que el fraile." [1]

[Entre paréntesis advertiremos que si á menudo el gañán i el arriero se transforman en reverendos padres, nunca el reverendo padre vuelve á su primitiva condición de gañán ó de arriero, porque uncir bueyes i aparejar mulas requieren fatiga i sudor, mientras decir misa i confesar no exigen más que pereza i bellaquería.]

Montesquieu se admiraba de que *un hombre pudiera ser persa;* si alguien nos preguntara cómo se puede ser fraile, nosotros le responderìamos: cuando la Naturaleza se equivoca i encierra el alma de un cerdo en el organismo de un hombre, el hombre corrige el error natural i se introduce en la pocilga, queríamos decir en el convento.

Si esto pensamos de la frailerìa en general ¿qué juicio formarnos del fraile español? Basta recordar que es: por la limpieza, un carbonero sudado; por la ciencia, un destripa terrones; por la urbenidad, un mozo de recua. Sin verle ni oírle, se le saca por el olor. Su rechazo debe ordenarse como precepto de higiene. Pocas felicitaciones merece la madre España por la calidad del artículo que nos importa.

Para corroborar la triste idea que de los frailes españoles se forman no solamente los incrédulos sino tambièn muchas almas piadosas, citaremos las palabras de un clérigo nacional i las de un redentorista francés. El clérigo nacional: *En ese convento* [ya maliciamos á cuál se refería] *pasan tales abominaciones que ningún padre tiene derecho de absolver á otro.* El redentorista francés: *Si yo fuera seglar i casado, no permitiría que mi mujer se confesara con fraile peruano ni español.*

I ¡estos son los varones ejemplares! ¡Estos los consejeros i directores espirituales de las familias! ¡Estos los que tienen varalta en Palacio i reciben subvenciones del Congreso! ¡Estos los que durante muchos años impusieron la lei, sin que nadie se atreviese á discutirles la ciencia ni la santidad! Ellos crecían á sus anchas i pelechaban que era un primor, comiendo platos que no guisaban, viviendo en habitaciones que no pagaban, recibiendo cariños de mujeres que no mantenían; en una palabra, teniendo de balde todo lo bueno i todo lo malo. Lo que á los demás hombres les cuesta un ojo de la cara i á veces las dos ternillas de la nariz, á los frailes españoles no les costaba ni el *Dios te lo pague*, porque, juzgándose con derecho á todo, se crían eximidos de la gratitud. Ni celos infundían, pues los sufridos ó cabrones de todas las clases sociales habían llegado á repetirse: cuerno bendito no da gordo al calño, pero no mancha la honra.

Felizmente, desde el desuso de la manta i la moda de andar en talle, la frailería española va restringiendo en Lima su dominación divina i humana: prueba de que à la higiene en el cuerpo responde la higiene en el alma. Sin duda, se gana en limpieza interior al dejar descalzos por jesuìtas ó redentoristas franceses, como se ganaría al cambiar el sacerdote católico por el clérigo protestante. Refiriéndonos á la capital, el dominio del frailuco español tiende á confinarse en la gente de medio pelo, en las mozas reñidas con el agua i el jabón, en las viejas retiradas del servicio activo, en las beatas vulgarmente conocidas con el nombre de *zapatonas:* prueba también de que á la mugre en el cuerpo responde la mugre en el alma.

Los incendios de Ocopa (atribuidos á los propios frailes) quitaron la venda de muchos ojos, dejando ver á los criminales é hipócritas en todo el horror de su crimen i de su hipocresía. Algunos pensaron en el doctor Le Plongeon i en las celadas tendidas con el objeto de suprimirle por sus acometidas al padre Gual, á ese *venerable* sacerdote, tan célebre por la estrechez de su cerebro como por la amplitud de su vientre.

Medio derrotado en Lima, el fraile español sigue dominando en pueblos i villorríos de la sierra, sobre todo en Ocopa, donde infatigablemente propaga la religión i la especie. Ahí truena contra liberales i masones, en su gerigonza de castellano, catalán i vascuence; ahí arranca zollipos i lagrimones con su elocuencia de tizonazos i puñetazos; ahí sumerge en las llamas del infierno á todos los que niegan una limosna para el fomento de los *Santos Lugares*; ahí predica las excelencias del ayuno, i entre dos eructos de ajos con pimientos, encarece la infinita bondad de la providencia.

¡Ojalá esta desmonetización del monago español fuera el principio de la *débâcle* frailuna! La Humanidad habría dado un avance gigantezco el día en que niños i mujeres no supieran á lo que de cerca hiede un fraile.

L. M.

[De *Los Parias*]

[1] "Los Miserables," traducción de J. S. Flores.

El derecho de los animales

No en Dahomey ni en Cafrería, sino en una importante población andaluza, se celebró en cierta ocasión una fiesta divertidísima. Corriéronse dos becerretes bravos i alegres. El primero fué adornado en todos los sitios de la piel con 623 pares de banderillas, i cuando llegó á la muerte, parecìa un acerico ó un palillero. El segundo fué también banderillado con exceso i *mechado* por varios aficionados. Había muchos matadores, i cuando uno se cansaba, otro recogía espada i muleta, daba un par de pinchazos i entregaba los trastos á un tercero; éste á un cuarto, i así sucesivamente. Luego se comió bien, i se vaciaron cien botellas. No hubo que lamentar otro disgusto sino el de las reses.

Hai quien se indigna ante atrocidad semejante, i atribuye á la educación ultralevítica de la juventud actual esas verdaderas bacanales de sangre i vino. No disto mucho de creer que tal educación produzca tal resultado. Allá, cuando víctima del timo oficial, incurrí en la inocentada de hacer oposición á algunas cátedras de derecho natural, recuerdo haber osado sustentar, entre otras teorías *non sanctas*, la del derecho de los animales. No creía yo con ello ofender á los ultramontanos, sino antes al contrario. Así mi sorpresa fué extrema cuando vì que los neos combatían ardorosamente el tal derecho, dando con ello prueba de un ejemplar desinterés.

¡Tener el animal derechos! ¡Qué absurdo! ¡Qué extravagancia! I los sarcasmos caìan como granizo sobre mi cabeza pecadora. ¡Cuán finas, cuán delicadas ironías! Un caballo pondría pleito á su amo por escasez de pienso. El perro que recibiera un palo formularía querella, con asistencia de abogado i procuradores. Oyéndoles, veníame á la memoria aquel famoso *derecho á la pena* del viejo krausismo, que tanto regosijó á los necios. ¡Un derecho á la pena! ¡Miren qué invención! Habrá, pues, que esperar á que el asesino venga á reclamar el garrote del verdugo, i á que el ladrón demande de los tribunales el presidio. Ni aún el sentido común, manifestado en la expresión usual que dice ser el delincuente *acreedor* al castigo, bastaba á abrirles los ojos. Reían, reían estrepitosamente, sin sospechar que lo que ponía la risa en sus labios no era la ajena ridiçulez, sino la propia necedad.

Á decir verdad, el derecho romano, apellidado por muchos reaccionarios la *razón escrita*, no sólo tenìa á los animales por séres de derecho, sino hasta por jurisperitos. Derecho natural es, según Justiniano, *quod natura omnia animalia docuit*. ¿Quién sabe si no sería fundados en este texto como se presentaban muchos á hacer oposiciones á cátedras de aquel derecho sin otra preparación que la madre natura? Mas enfrente de estas autoridades, esgrimían los neos un argumento Aquiles. La teoría del derecho de los animales era, pásmense ustedes, una doctrina ¡protestante! Así, como suena. Ellos querían acaso decir que era una doctriña que se profesaba en los países civilizados. Casi viene á ser lo mismo. Si no fuera por no inferir agravio á Francia, que no lo merece, diríamos que civilizado i protestante son sinónimos. I otra vez llovían las cuchufletas. Una *lady* aburrida había pensionado á sus gatos. Una *miss* neurótica había elevado á su perro faldero soberbio mausoleo. Un *lord* excéntrico había dejado por herederos á sus caballos de carrera. Entretanto por las calles de la Babilonia británica pululaban los niños desamparados, las muchachas prostituídas por la miseria i los obreros muertos de hambre.

Faltaba probar que allí donde es uso general el mal trato de los animales, los obreros sacian su apetito, las jóvenes se ven defendidas contra las tentaciones del vicio i los niños no mueren en la inclusa. Durante mucho tiempo ha venido rodando por las columnas de la prensa una estadística relativa á los crímenes de sangre que se cometen en varios países. No recuerdo las cifras con exactitud, pero de ellas viene á resultar que en España se perpetran anualmente obra así como de diez veces veces mayor número de homicidios que en Inglaterra. ¿Eh, qué tal? Parece que la bestia británica de que nos habla Taine, aquella bestiaza protestante de grandes patas, ávida de carne cruda se queda tamañita ante la bestezuela menuda i sanguinaria del católico mediodía. En punto à asesinatos ocupamos los españoles en el mundo un lugar distinguido. Sólo los italianos nos baten el *record*, siendo de notar que la catolicísima Italia es también el país donde los animales reciben el más duro tratamiento.

No es que esa estadística nos revele ningún arcano. No hace otra cosa sino confirmar lo que dice á voces el sentido común. Podrá darse la anomalía de que un misántropo tedioso i aburrido ó una solterona enemiga de la especie á cuya propagación no le ha sido dado contribuír, concentren en las bestias el amor que niegan á los hombres. En tesis general, ni la compasión ni la brutalidad distinguen de especies. La democracia del dolor es más amplia que la de Sagasta. Todos los séres sensibles son iguales ante el sufrimiento. Quien es duro para el animal, no será blando para el hombre. El matadero es buena escuela de homicidio. Sangre torera no equivaldrá nunca á buena sangre.

Yo soi partidario acérrimo del derecho de los animales. Maltratarlos me parece barbarie; gozarse en sus sufrimientos i tomarlos como asunto de diversión, verdadero delito. Nuestro derecho respecto de ellos tiene por límite la necesidad. Imponerles un sufrimiento innecesario es infringir á la vez la norma de la piedad i de la justicia. Harto dura es ya la lei de la naturaleza que nos obliga á matarlos para vivir i á cubrir nuestra mesa de cadáveres, según la expresión del fabulista. Sin llegar á las extravagancias del vegetarismo, lícito es suspirar por la realización de aquel ensueño cientìfico del gran Berthelot cuando nos anunciaba el advenimiento de la alimentación química. Reconocer á los animales el goce de los derechos ilegislables, imprescriptibles, inalienables, etc., serìa talvez llevar la teoría demado lejos. Talvez el tigre de Bengala ó el león del desierto no tengan derecho á la vida. Pero el buei, el caballo, el asno, el perro i el camello han hecho más por la civilización que muchos grupos humanos étnicos. Aunque sólo fuera por gratitud, el hombre civilizado deberíale ternura i respeto.

La crueldad es un instinto innato en la fiera humana. Este, como otro de sus defectos nativos, le viene acaso de herencia. A un insigne naturalista, que es á la vez pensador profundo, oí expresar cierto día una opinión que me dió mucho que pensar. Es una gran desgracia—decía—que el hombre proceda del mono. Si el sér de razón se hubiese originado en el perro, ¡qué humanidad tan llena de valor, de abnegación, de ternura, de fidelidad hubiera podido engendrarse! Naciendo del más antipático de los animales, ¿qué otra cosa pudo salir sino lo que ha salido? Mucho habría ganado ciertamente el hombre con ser un *super-can* en vez de ser un *super-mico*. Felizmente la civilización nos va *desenmicando* i *emperrando* más cada día. A ello se opone, naturalmente, la educación clerical, enemiga nata de toda especie de cultura. El misticismo, con sus extravagantes paradojas sobre la muerte i el dolor, produce en las almas la indiferencia respecto de la muerte i el dolor agenos. De donde el fenómeno casi constante de que los más devotos suelen ser también los más duros.

Sí; proclamemos altamente el derecho de los animales, aunque él redunde muchas veces en provecho de nuestros enemigos. Porque si este derecho se rehusa, ¿no es de temer que, siguiendo las cosas por el camino que llevan, la esfera jurídica llegue á quedar aquí reducida á la más mínima expresión?

ALFREDO CALDERÓN

GERMINAL

ORGANO DEL PARTIDO RADICAL

(UNION NACIONAL)

Economía del periódico

Se publica todos los sábados.

Suscripción mensual............40 cts.
Número suelto......................10 „

La administración funciona diariamente en la calle de Belén número 1.022, de 8 á 11 a. m. i de 1 á 5 p. m.

Los canges de Lima i el Callao deben enviarse al local de la Administración. Los de provincias, á la casilla del Correo núm. 277.

Toda correspondencia se dirigirá á la Administracion de Germinal, casilla No. 277.

Las personas que deseen suscribirse á Germinal, lo avisarán al Administrador.

Germinal no admite avisos ni comunicados.

Imp. EL PROGRESO—Callao.

güedad nuestras concepciones modernas más ó menos alteradas por el mito? ¿Necesitamos volver á pasar voluntariamente por el estado de espíritu por que han pasado los pueblos primitivos? ¿Necesitamos compenetrarnos de la idea á veces estrecha que se formaban de la justicia i de la moral, con el fin de concebir una justicia más amplia i una moral más digna de este nombre? ¿No sería esto lo mismo que si para enseñar física á los niños se comenzase por enseñarles con toda seriedad los antiguos prejuicios sobre el horror al vacìo, la inmovilidad de la tierra, etc.? Los autores del Talmud decían con fe candorosa que Jehovah, lleno de veneración por libro que él mismo había dictado, consagraba las tres primeras horas de cada día á estudiar lei sagrada. Los judíos más ortodoxos no restringen hoi día á su dios á esta meditación regular. ¿No podrían, sin perjuicio alguno, consentir al hombre que hiciese la misma economía del tiempo? M. Arnold, espíritu independiente, pero no mui recto i poco lógico, critica en alguna parte á los que necesitan fundar su fe en fábulas, intervenciones sobrenaturales i leyendas maravillosas: "muchos hombres religiosos, dice, se parecen á los que han instruído su espìritu con novelas, ó á los fumadores de opio." No se apercibe de que si la realiead es como él dice, lo más grande i lo más bello para nada necesitamos la leyenda, ni aún interpretada á su manera. El mundo real, i yo entiendo por éste el mundo moral lo mismo que el mundo físico, debe satisfacer por completo á nuestro pensamiento. "Ithuriel, dice M. Arnold, ha herido con su lanza al milagro." ¿Acaso no ha herido al símbolo con el mismo golpe? À nosotros nos agrada mucho más ver la verdad completamente pura que vestida con trajes multicolores; vestirla es degradarla. M. Arnold compara la fe absoluta con la embriaguez. Nosotros le comparamos espontàneamente á él con Sócrates, que podía beber más que ningún convidado sin embriagarse. No embriagarse era para los griegos una de las prerrogativas del sabio; bajo esta condición le permitían beber. Los sabios de nuestros dìas tienden poco á usar de este permiso. Admiran á Sócrates sin imitarle, pareciéndoles que la sobriedad es un medio más seguro todavía para conservar la razón. Otro tanto diremos á M. Arnold. La Biblia con sus escenas de martirios, violaciones i represalias divinas es para él el alimento del espíritu, "el espíritu no puede pasarse si nella, lo mismo que no podemos pasar sin comer:" nosotros le responderemos que si esto fuera cierto sería un alimento bien dañino, i que á veces vale más ayunar un poco que envenenarse.

En último término, si lo que se persigue es buscar en los libros sagrados de las edades antiguas la expresión de la moralidad primitiva, no es en la Biblia, sino en los libros hindues, en los que una interpretación "literaria" ó filosófica encontraría la fórmula más extraordinaria del simbolismo moral. El mundo entero aparece ante los bubistas como la realización de la lei moral, puesto que, según ellos, los séres se clasifican ellos mismos en el universo por sus virtudes i suben ó bajan en la escala de la vida, según que se elevan ó se rebajan moralmente. El budismo es, por ciertos conceptos, la moralidad erigida en explicación del mundo.

Á pesar de las inconsecuencias parciales que hemos señalado en el simbolismo moral, se desprende lógicamente una conclusión de los libros que acabamos de examinar, sobre todo del libro de M. Arnold, i es que el fondo más sólido de toda religión es una moral más ó menos imperfecta; que la moral es la fuerza del cristianismo como del budismo, i que si se la suprime, nada queda de las dos grandes religiones "universalistas" creadas por la inteligencia. La religión sirve, por decirlo así, de envoltura á la moral, ella protege su desenvolvimiento i su expansión final; pero una vez que las creencias morales han adquirido una fuerza suficiente, tienden á salir de su envoltura lo mismo que la flor rompe el botón. Se ha discutido mucho, hace algunos años, sobre lo que se llamaba entonces la "moral independiente:" los defensores de la religión sostenían que la moral está íntimamente ligada á ella i que no se la podía separar sin corromperla. Es posible que tuviesen razón en relacionar ambas cosas, pero se equivocaban al sostener que la moral es la que depende de la religión; es preciso invertir los términos i decir que la religión depende de la moral i que ésta es el principio i aquella la consecuencia. El Eclesiastes ha dicho que "el hombre lleva el mundo en su espíritu," por esta razón el hombre debe mirar antes que nada en su espíritu; debe creer primero en sí mis-